Periodismo del odio y sus secuelas

Por Jaime Guzmán

Los recientes ataques irreverentes e injustos lanzados por una revista democristiano-marxista contra el Cardenal Fresno, han merecido el enérgico rechazo de los obispos chilenos, extensivo a las insuficientes "explicaciones" que pretendió dar al respecto el responsable máximo de dicha publicación.

Sin embargo, el señalado episodio sólo constituye la nota más alta de una melodía que cierto periodismo chileno viene entonando desde hace ya tiempo.

En efecto, frente al periodismo profesional, que congrega a la gran mayoría de los periodistas chilenos, últimamente ha proliferado otro muy diverso, de signo militantemente opositor e izquierdista.

En su esencial diferencia, mientras el periodismo profesional procura informar del modo más objetivo posible y opinar con la mayor independencia alcanzable, el periodismo militante persigue fines diametralmente distintos. Sus objetivos apuntan al proselitismo político en favor de una determinada ideología o partido.

Mirado en sí mismo, el periodismo militante no resulta reprochable en cuanto tal, si bien se trata de una actividad del todo diversa al ejercicio profesional de la función periodística. Pero lo que sí hace inaceptable cualquier forma de periodismo es su apartamiento de los rectos valores o principios éticos que deben regirlo. Y ello sintetiza exactamente lo que hoy representa esa prensa opositora militante a la cual aludo.

La acción que ella despliega se caracteriza por tres rasgos salientes.

Primero, los enfoques de los hechos son sistemáticamente unilaterales, torcidos y tendenciosos.

Segundo, se acude permanentemente a estilos denigratorios de instituciones y personas, lesionando su honra, es decir, uno de los derechos humanos más fundamentales.

Tercero, lo anterior se realiza con constante recurso al escándalo sensacionalista, para continuar recibiendo así el apoyo económico -predominantemente extranjero- que financia tales publicaciones.

En síntesis, no se busca informar, sino desinformar intencionadamente. Ni siquiera se pretende crear opinión, sino estimular los más oscuros e irracionales impulsos del ser humano.

Al más puro estilo totalitario, todo tiende a que la inteligencia no analice, sino que repita consignas. Y a que la voluntad no discierna, sino que actúe visceralmente, fomentándose -sobre todo- el odio. Sí. Es el periodismo del odio que los inspiradores de esa prensa trasuntan y en cuya lógica tienden a adiestrar a sus lectores.

El tema cobra especial gravedad cuando detrás de las manos que esta semana acuchillaron por la espalda al carabinero Hernán Martínez, y asesinaron vilmente al dirigente poblacional de la UDI Simón Yévenes -verdaderos ejemplos morales para Chile entero-, se anidan espíritus envenenados por la siembra sistemática e ideológica del más brutal de los odios.